

ANTROPOLOGIA PARA DESPUES DE LA CRISIS

Luis Reygadas

En distintas épocas de la historia de la antropología mexicana el término "crisis" ha adquirido singular importancia. Durante la década de los ochenta volvió a hablarse de este tema, a la par que se vivían otras crisis (la económica, la del socialismo, la de la educación superior, la de los grandes paradigmas teóricos, etcétera). El análisis de la naturaleza y las causas de esta situación no deja de ser relevante, pero también es crucial el estudio de las alternativas que se están generando para superar, remontar, rodear o ignorar dicha crisis. Los antropólogos no han vivido de manera pasiva los altibajos de su disciplina y profesión, por el contrario, buscan nuevos caminos, persisten y resisten en los ya andados, conservan, desechan o inventan enfoques y maneras de trabajar.

Desde diferentes perspectivas teóricas y con diversos estilos de trabajo se desarrollan en el país experimentos individuales y colectivos de renovación antropológica. No todos corren con la misma suerte, pero cada uno de ellos puede contribuir a crear una "antropología para después de la crisis". La ruptura del positivismo y de las teorías unidimensionales hace pensar que esta antropología postcrisis no puede estar —o al menos no debe estar— normada por una sola escuela, por una manera única de hacer las cosas o por una "forma correcta" de relación con el Estado y la sociedad. En algunos casos los antropólogos han tratado de enfrentar la crisis recurriendo a pensadores novedosos, mientras que hay quienes regresan a los clásicos. Algunos vuelven la



vista hacia corrientes renovadoras europeas o americanas a la vez que otros intentan recobrar las tradiciones de la antropología mexicana. Junto con estas búsquedas teóricas y metodológicas de largo aliento, los antropólogos mexicanos han tenido que resolver un problema más práctico y cotidiano: proseguir el ejercicio de su profesión en una sociedad que está cambiando con rapidez. En los últimos años se han producido notables modificaciones en la vida nacional, en el ambiente académico, en las instituciones y en las prioridades de toda la gente. En este contexto la práctica antropológica se encuentra condicionada por las políticas de austeridad y modernización, las nuevas necesidades sociales, la presencia de otros actores y sujetos, los sistemas de estímulos, la redefinición de papeles entre el Estado y los organismos civiles, por las cambiantes políticas culturales y por muchos otros factores que están transformando la profesión del antropólogo. Vale la pena reflexionar no sólo sobre las teorías antropológicas actuales, sino también acerca de las nuevas maneras en que la antropología se ejerce cotidianamente, con sus alcances y limitaciones.



En este trabajo se analizan las experiencias recientes de la práctica antropológica en el estado de Chihuahua, tomando como sujeto de estudio a los antropólogos que viven en la región. Se trata de una breve descripción del trabajo realizado, sin más intención que la de iniciar una reflexión colectiva acerca de una de las muchas formas posibles de construir una antropología para después de la crisis.¹

El boom de la antropología en Chihuahua

Durante muchos años la práctica de la antropología en Chihuahua se limitó a la presencia esporádica de investigadores provenientes de otras partes de la República o de otros países, quienes permanecían sólo el tiempo necesario para realizar sus estudios. Por décadas la actividad antropológica en la región se concentró en la cuestión indígena y en las zonas arqueológicas, sobre todo en Paquimé. En la *Historia de la Antropología en el Norte de México*, publicada por el INAH, hace apenas cuatro años, se dice que, con excepción de los trabajos sobre la frontera y sobre la Sierra Tarahumara "poco queda que haya hecho la antropología social en el resto del estado".²

¹ Muchas de las preocupaciones aquí expresadas se han visto enriquecidas con la experiencia compartida con el resto de los profesores de la Unidad Chihuahua de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en especial con Jorge Carrera, Juan Luis Sariago, Margarita Urias y Augusto Urteaga, aunque sobra decir que no son responsables de las opiniones aquí vertidas.

² Francisco Javier Noriega, "La antropología física, la lingüística, la etnohistoria y la antropología social en Chihuahua", en *La antropología en México. Panorama histórico. 12. La antropología en el norte de México*, INAH, México, 1988.

Esta afirmación contrasta de manera notoria con la situación actual: alrededor de medio centenar de antropólogos se encuentran viviendo en la entidad y otros tantos estudiantes comienzan su formación profesional en este campo. Además, varias instituciones trabajan en contacto con la antropología y se desarrollan diversos proyectos de investigación y de trabajo antropológico. ¿Cómo explicar que en unos cuantos años se haya producido esta expansión y cuáles son las características principales del trabajo antropológico que se

lleva a cabo hoy en Chihuahua?

De acuerdo con la información que pudo recabarse, en septiembre de 1991 estaban residiendo en el estado 49 antropólogos y se obtuvo información más precisa sobre 46 de ellos. Asimismo, se encontraban inscritos 60 estudiantes a la licenciatura en antropología de la Unidad Chihuahua. Interesa destacar la interacción que se está generando entre estos profesionistas radicados en Chihuahua y el entorno regional. Por esa razón no se hace referencia a los antropólogos chihuahuenses que viven en otras partes del país y han hecho importantes contribuciones a la antropología mexicana, entre otros Alfredo López Austin, Leonel Durán,³ Luis Aboites, Ivonne Flores y Alejandra Salas Porras.⁴

De los 46 antropólogos sólo uno vive en el estado desde antes de 1980, mientras que el resto llegó o regresó a vivir aquí durante los años

³ Después de haber escrito este trabajo se recibió la noticia de que Leonel Durán y Silvia Ortiz se trasladarían a Chihuahua, por lo que hay que añadir a la lista de antropólogos en Chihuahua "los que se acumulen esta semana".

⁴ Por razones de espacio y de tiempo tampoco me ocupé de muchas otras personas que, sin ser antropólogos, han contribuido al enriquecimiento y preservación del patrimonio cultural e histórico de la región.

ochenta y lo que va de los noventa; la mayor parte tiene menos de cinco años aquí. El arribo de antropólogos ha sido más intenso entre 1986 y 1991, periodo en el que arribaron 33 de los 46. Llama la atención este desarrollo de la antropología en una época en la que esta profesión ha entrado en crisis en otras partes del país y cuando las ciencias sociales en general han venido a menos. (Véanse los cuadros 1, 2 y 3)

CUADRO 1.

Lugar de nacimiento de los antropólogos que residen en Chihuahua

SEPTIEMBRE DE 1991

Lugar	Número de antropólogos
Chihuahua	15
Distrito Federal	13
Otros estados	7
Otros países	8
No se obtuvieron datos	3
Total	46

CUADRO 2.

Lugar de residencia anterior de los antropólogos que viven en Chihuahua

SEPTIEMBRE DE 1991

Lugar	Número de antropólogos
Chihuahua	1
Distrito Federal	28
Otros estados	8
Otros países	5
No se obtuvieron datos	4
Total	46

CUADRO 3.

Año de llegada o regreso a Chihuahua de los antropólogos residentes en la entidad

SEPTIEMBRE DE 1991

Año	Número de antropólogos
Antes de 1980	1
1980 a 1985	5
1986 a 1991	33
No se obtuvieron datos	7
Total	46

¿Por qué llegaron o regresaron a Chihuahua tantos antropólogos y por qué lograron quedarse la mayoría de ellos? Son muchos los factores que inciden en este proceso. Aquí se proponen algunas explicaciones.

Durante los sesenta y setenta se produjo en Chihuahua una escisión entre el pensamiento social progresista y las instituciones locales. Muchos chihuahuenses críticos se enfrentaron con las estructuras políticas, sociales y culturales tradicionales y, de una u otra manera, quedaron fuera de los espacios académicos y de las instituciones encargadas del quehacer cultural y de los programas de desarrollo. Buena parte de ellos optaron por ir a vivir fuera de la entidad, entre ellos muchos que se dedicaban a la antropología. Así, durante muchos años sólo antropólogos aislados venidos de fuera participaron en proyectos antropológicos o arqueológicos en Chihuahua. Esta tarea más bien recayó en profesores, historiadores o personas con otra trayectoria laboral. Estas personas realizaron una labor notable, pese a no contar con una formación profesional en el área.

La región no parecía ser un lugar atractivo para el trabajo antropológico. Era difícil obtener empleo, lograr la aprobación de proyectos y ganar espacios. En los ochenta esta situación comenzó a cambiar. La urbanización y el rápido desarrollo económico y político plantearon nuevos problemas que crearon las condiciones para el desarrollo de la práctica antropológica. En particular, la búsqueda de una identidad regional propició un reencuentro de la sociedad con los científicos sociales. A su vez, éstos han planteado propuestas que les han permitido crear nuevos espacios de trabajo y de participación social.

Otro elemento que influyó en este *boom* antropológico regional fue que el Distrito Federal dejó de ser atractivo para varios colegas. Muchos de los antropólogos que hoy están en Chihuahua (28 de los 46) dejaron la capital del país por muchas razones, desde motivos personales hasta terremotos, pasando por opciones ecológicas, políticas de descentrali-



zación, agotamiento de proyectos centralistas y expectativas norteñas. En el gremio antropológico del estado hay 15 chihuahuenses, 13 nacieron en el D.F., siete en otros estados y siete en el extranjero.

Hay que considerar también que Chihuahua se mostró desde mediados de los ochenta como un lugar interesante para los científicos sociales por el desarrollo industrial y los conflictos electorales, y, ante los ojos de algunos, como un lugar donde se perfilaban rasgos del futuro del país.⁵

Los rápidos cambios políticos, económicos y sociales de Chihuahua se combinaron con el desarrollo de una fuerte oposición al centralismo y con el proceso de apertura al exterior, contexto en el que la región ha buscado recuperar raíces históricas y redefinir su identidad. No es casual que en los últimos años se haya iniciado la elaboración de la Historia General de Chihuahua y que se llevara a cabo un programa de renovación de zonas típicas llamado "Identidad Chihuahuense". Este ambiente cultural fue favorable para la llegada y la permanencia de antropólogos. Así, después de más de una década de divorcio, comenzó una especie de reencuentro entre las ciencias sociales y la sociedad chihuahuense. De esto se han visto beneficiadas en particular la historia y la antropología.⁶

La presencia de un grupo numeroso de antropólogos en Chihuahua ha repercutido en la modificación del campo cultural en la región. En particular se observa una mayor profesionalización e institucionalización de las actividades antropológicas e históricas. No han desaparecido, por ejemplo, los historiadores aficionados o los arqueólogos empíricos, pero cada vez son más las instancias ocupadas por profesionales del ramo.⁷

Durante mucho tiempo, la única institución directamente vinculada con el medio antropológico en Chihuahua fue el Instituto Nacional Indigenista, que se instaló en la región en 1952. En la última década se multiplicaron las instituciones relacionadas con la antropología: en 1979-1980



la Universidad Autónoma de Chihuahua abrió el Centro de Estudios Regionales, en cuya fundación participaron antropólogos. En 1984 el Instituto Nacional de Antropología e Historia abrió su Centro Regional en Chihuahua, ya que antes sólo tenía un delegado; para principios de

⁵ Ese fue, por ejemplo, uno de los motivos que me atrajeron a Chihuahua. Otros colegas comentan que llegaron a Chihuahua por razones más simples: por tener aquí familia o porque su cónyuge consiguió trabajo en la región.

⁶ En Ciudad Juárez también la sociología con la apertura de esta carrera en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez a finales de los ochenta.

⁷ Aunque en general ha sido buena la relación entre antropólogos profesionales y otras personas que participan en el trabajo antropológico, no han dejado de producirse algunos conflictos que reflejan la creciente profesionalización del campo.

1992 este Centro cuenta con cuatro arqueólogos y cuatro antropólogos sociales, además de dos arquitectos, un profesor y personal de otras áreas. Le siguieron en 1986 la Unidad Regional de la Dirección General de Culturas Populares y la Coordinadora Estatal de la Tarahumara. En 1989 se formó la Unidad Chihuahua de la Escuela Nacional de Antropología e Historia que inauguró sus cursos de licenciatura en 1990. La apertura de estos centros de trabajo es causa y efecto de la llegada de profesionistas de estas ramas, algunos fueron creados a propuesta de antropólogos que así pudieron trasladarse o permanecer en la entidad. Una vez en funciones, estos organismos contrataron nuevo personal llegado a la región ex profeso.

Vieja profesión en busca de nuevos caminos

Si es llamativo que haya llegado un buen número de antropólogos, más notable es que la mayoría se hayan establecido y hayan podido insertarse en la vida de Chihuahua.

Este proceso fue resultado tanto de los esfuerzos de los mismos antropólogos por abrirse nuevos espacios como de la capacidad del tejido social para asimilarlos.

Miembros de una generación que ha conocido varias crisis de su disciplina, los antropólogos de Chihuahua están buscando nuevas maneras de realizar el ejercicio

de su profesión en lo que se refiere a enfoques, áreas de estudio y, en particular, formas de trabajar y de relacionarse con el resto de la sociedad. Las áreas en las que están trabajando son las siguientes: 15 antropólogos se concentran en cuestiones indígenas, 12 en historia, 5 en promoción cultural, 5 en antropología industrial, 5 en cultura popular, 4 en problemáticas rurales, 3 en antropología física o antropología médica, 3 en arqueología y el

resto en antropología política, antropología visual, derechos humanos, ecología, asuntos chicanos y desarrollo forestal.⁸

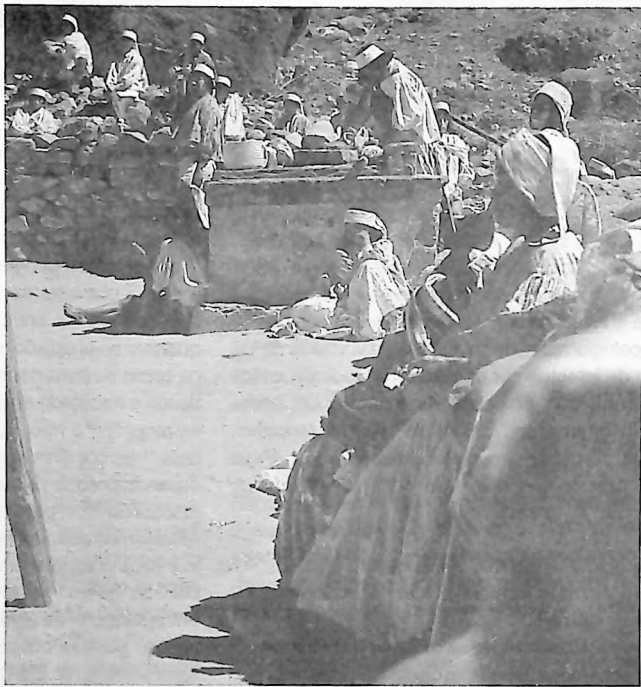
Probablemente el rasgo más novedoso consiste en el desarrollo de proyectos de antropología aplicada en los cuales la investigación contribuye a diseñar políticas y a encontrar soluciones prácticas a los problemas regionales. Se encontró que sólo doce antropólogos realizan una labor exclusivamente teórica, mientras que el resto combinan la investigación con la antropología aplicada o simplemente se dedican a ésta última. Es interesante mencionar algunos ejemplos de proyectos de antropología aplicada en la región:

A. Urteaga y P. Stefani están realizando un diagnóstico de la Sierra Tarahumara en coordinación con varias dependencias y en la perspectiva de contribuir al diseño de políticas sociales, de salud, de desarrollo y de defensa de los derechos humanos.⁹

J. L. Sariego coordinó el rescate de un archivo municipal en la Sierra Tarahumara, además de un estudio para la renovación urbana de una zona del centro de la ciudad de Chihuahua.

M. Tello y M. Falomir participaron en el diseño de un programa de reforma de la educación indígena tarahumara.¹⁰

R. B. Brown dirige los trabajos de restauración y conservación de la zona arqueológica de Paquimé.



J. L. Perea participó en la formación de numerosos museos comunitarios.

E. Gamboa está realizando un inventario de sitios arqueológicos, petrograbados y pictografías.

J. Carrera, F. Brouzes, G. Palacios, A. Arrecillas y T. Guillermo han realizado proyectos de rescate y promoción de la cultura popular con diversos grupos urbanos y rurales.

L. Reygadas participó en la formación del Centro de Atención a la Mujer Trabajadora.

B. Ames ha coordinado actividades museográficas y proyectos de capacitación agraria.

A. Herrera y E. Porras participan en la asesoría social y ecológica de un macroproyecto de desarrollo forestal.

R. León coordinó una estación de radio indígena y C. Molinari promovió programas de radio en la misma.

B. Vera trabaja en un proyecto de salud integral para jóvenes.

B. Calvo genera propuestas para el diseño de políticas educativas.

Estos y otros proyectos señalan la fuerte tendencia al desarrollo práctico de la antropología, proceso determinado por necesidades regionales y por el intento de renovar esta profesión. En muchos casos, esta reorientación se presentó en forma espontánea, como un mecanismo de inserción en el mercado de trabajo o de obtención de presupuestos, pero en no pocas ocasiones se ha asumido la antropología aplicada como proyecto estratégico de ejercicio profesional, en particular frente al desencanto con la antropología hipercrítica incapaz de ofrecer alternativas concretas de transformación de la realidad.¹¹

El énfasis en la antropología aplicada ha contribuido a romper con muchas de las tradiciones endogámicas, pues crea un ambiente de trabajo transdisciplinario y contactos cotidianos con arquitectos, trabajadores sociales, maestros, médicos, ingenieros y promotores culturales. Pero, sobre todo, crea vínculos con diversas instituciones y con la sociedad civil. Constituye un interesante experimento de enriquecimiento de la antropología por la vía de la práctica y de la

⁸ El número de antropólogos en el total de las áreas es mayor a 46 porque algunos abordan dos o más temáticas relacionadas.

⁹ En este proyecto colaboraron investigadores de la ENAH-México.

¹⁰ En este programa también colaboraron Leopoldo Valinas, Ornella Ridone y Dora Pellicer, quienes no viven en Chihuahua.

¹¹ Tal vez el caso más sintomático de esta reorientación sea Juan Luis Sariego, quien se ha convertido en una especie de cruzado de la antropología aplicada y prefiere el reconocimiento brindado por el cabildo de un ayuntamiento de la sierra a las prestigiosas condecoraciones que existen en las instituciones académicas convencionales.

R 012232

reinserción en la dinámica social, más que por el lado de la búsqueda teórica. Si se consolida esta manera de trabajar puede dar lugar a un tipo de antropología para después de la crisis, diferente a la del antropólogo aislado de la sociedad, que sólo escribe para su gremio.

Algunos problemas y limitaciones

Puede decirse que la antropología en Chihuahua ha tenido un rápido crecimiento en los últimos años y se han introducido algunas innovaciones en el estilo de trabajo. Innovaciones no porque nadie hubiera hecho antes antropología aplicada, sino por el acento puesto en este enfoque en instancias de docencia e investigación. Es decir, parece ser que no se trata de la típica "antropología aplicada de Estado", divorciada de los centros académicos, sino de intentos por entrelazar la tradición crítica de la antropología mexicana con procesos de intervención social concreta, en relación con organismos de índole diversa (sociales, privados, gubernamentales, no gubernamentales y académicos). Pese a la validez de estos esfuerzos, no dejan de observarse algunos problemas que pueden limitar su desarrollo ulterior:

1. Hay áreas de estudio de gran relevancia que se encuentran prácticamente descuidadas: frontera, chicanos, ecología y derechos humanos, por ejemplo.

2. Se observa un escaso desarrollo teórico. Fuera de reflexiones aisladas no se han generado importantes discusiones teóricas ni se ha profundizado colectivamente acerca de los resultados de las investigaciones realizadas. Falta un programa de renovación teórica que acompañe la renovación práctica. No se han producido hasta el momento obras de gran trascendencia académica, aunque cabe señalar que muchos proyectos apenas están madurando. El descuido del trabajo teórico puede generar a la larga pérdida de autonomía y de capacidad crítica. La antropología ha logrado insertarse en dinámicas sociales relevantes, pero necesita nutrirse de preocupaciones de mayor envergadura teórica.

3. Las instituciones carecen de programas de intervención social a largo plazo, lo que representa el enorme riesgo de que los proyectos de antropología aplicada respondan a necesidades coyunturales, a inquietudes personales o a las demandas inmediatas de organismos sociales y gubernamentales. La capacidad transformadora de la antropología aplicada puede verse seriamente limitada si los antropólogos no tenemos proposiciones de largo alcance que orienten la vinculación cotidiana con el tejido social. Esto entraña el grave riesgo de ocupar una posición subordinada a la lógica del mercado y a la lógica del poder, en lugar de desempeñar un papel activo en el cambio social.

El escaso desarrollo teórico y la carencia de programas de largo alcance en la antropología de Chihuahua no invalidan las experiencias de antropología aplicada que ahí se han generado, pero sí plantean la necesidad de enriquecer sus propuestas con el fin de consolidar una renovación que evite, a la vez, la mera especulación academicista y el practicismo de la ciencia social por encargo.

Un reto para la antropología en Chihuahua

Quisiera hacer un último comentario. Hay ocasiones en que al estudiar algo uno encuentra cosas que no estaba buscando. Esto me sucedió al hacer este pequeño recuento de la práctica de los antropólogos en Chihuahua. Al cruzar la información sobre las áreas de trabajo con el origen geográfico de los antropólogos me llevé una sorpresa: me di cuenta de que ni uno solo de los antropólogos chihuahuenses que vive en el estado trabaja la cuestión indígena como su tema central.¹² Quienes han investigado o trabajado en el medio tarahumara son extranjeros¹³ o nacieron en otras regiones del país.¹⁴ No soy el más indicado para juzgar esta carencia porque yo tampoco he trabajado problemas étnicos, pero valdría la pena iniciar una reflexión colectiva al respecto. La exclusión de lo indígena en la sociedad chihuahuense también se ha expresado en la práctica de los antropólogos. Me consta que no es por falta de interés porque cuando entrevistamos a los aspirantes a la ENAH-Unidad Chihuahua la mayoría dice que le gustaría estudiar la cultura tarahumara y manifiestan que la materia del plan de estudios que se les hace más atractiva es la lengua indígena. Tal vez se trate de una dificultad para comunicarse y dialogar con una cultura ajena, con una cultura que la historia regional ha relegado.

Me parece que uno de los grandes retos de la antropología en Chihuahua es el de contribuir a la comprensión del problema étnico en la región y a encontrar alternativas para su resolución bajo una perspectiva de respeto a la pluralidad cultural, para superar los esquemas integracionistas y/o paternalistas que han permeado las relaciones entre la cultura hegemónica y los grupos indígenas. Si las nuevas generaciones de antropólogos que se forman en la entidad asumen este reto podrá decirse que la antropología ha logrado insertarse profundamente en el tejido social chihuahuense.

¹² Una excepción es Margarita Urfas, quien realiza una investigación sobre etnohistoria en Chihuahua, pero tampoco estudia la problemática indígena actual utilizando trabajo de campo.

¹³ Françoise Brouzes, Augusto Urteaga, Paola Stefani y Eugenio Porras.

¹⁴ Marta Tello, Ricardo León, Mónica Iturbide, Claudia Molinari, Víctor Ángel Rodríguez, Arturo Herrera, Deni Ramírez, Alejandro Arreillas y Marta Leticia Ramos.